

## Motivos venezolanos

= De La Antorcha. París. =

Venezuela portentosa y martirizada! ¿Habéis reflexionado en la cantidad de genio que brotó de ese país cuando la emancipación hispano-americana?: Miranda, Bolívar, Santander, Sucre, hombres capaces cada uno de servir de tronco a una estirpe, suficientes para honrar una época! Y no sólo los guerreros y los estadistas, también dió los pensadores: Andrés Bello, patriarca de la inteligencia, organizador de pueblos, el primero que advirtió el porvenir humano del trópico. Antes de que estos lacayos contemporáneos del nordismo, usaran la palabra trópico para denigrar, para suponer fatalidades, a las que no escapan por cierto las razas del altiplano, las razas de la zona templada ni las razas de los vientos polares! Díganlo si nó los cuartelazos recientes de Argentina y de Chile y las actividades triunfales de los bandoleros de Chicago. Bello vió el porvenir y procuró organizarlo. Rodríguez vió mucho y forjó a su héroe. Miranda desmayó; pero todo había cabido ya, en su gran visión. ¿Qué otro pueblo presenta un haz tan compacto, de grandes caracteres épicos?

Después vino la expiación. En Venezuela no se impusieron ni los Sucre ni los Bello, ni siquiera un militarismo a lo Bolívar, con excusas de visión genial. Colombia más afortunada que Venezuela, se quedó con Santander el civilista. Chile tuvo el tino de raptarse a Bello y en Venezuela se quedó Páez, el llanero zafio, el antecesor de éstos que después han expulsado los ciudadanos para sustituirlos con los ganados de engorda, orgullo de la exportación. Un militarismo de tercera porque nunca se ensaya con el extranjero; una suficiencia napoleónica, que fácilmente se pone en ridículo en país culto, pero se torna peligrosa en el ambiente de la barbarie. Los serranos, vestidos de uniforme, para devorar la cultura que en las ciudades había enraizado España. ¿No es esto y nada más, todo el primer siglo? Y como consecuencia fatal, en los lugares en que fue más aguda la plaga, se ha estacionado esto que han dado en llamar: el cesarismo democrático. Los niños de escuela saben que los Césares se coronaban después de agregar una provincia al imperio, ungidos por la victoria en guerra extranjera. Les hubiera parecido indigno hacerlo antes. Los Césares de Vallenilla se ponen las charreteras, después de la hecatombe azteca, a lo Obregón, o después de la venta de los petróleos a las compañías norteamericanas: tal el héroe de Vallenilla.

Pero es curioso que cuando algunos creían que ya no quedaba ni esperanza de hacer



Teresa de la Parra

patria en Venezuela; cuando todos estamos temiendo que se proclame otro Panamá en Maracaibo, al amparo de los barcos tanques del aceite; cuando toda la riqueza del país está en manos de extranjeros o en el tesoro privado de un solo hombre; es curioso que un país así, aparentemente liquidado, inicie de pronto un período de producción literaria que supera por su esplendor a todo lo que se produce, en ese mismo género en el resto del Continente.

Desde hace unos cuantos años Venezuela ha empezado a asómbarnos con libros que la colocan a la cabeza del Continente en aquel género que es, según muchos, la epopeya moderna, el tipo de expresión propio de la época. Los novelistas venezolanos se nos han ido presentando de sorpresa y con fulgores que recuerdan la falange magnífica de la época de la independencia. A tal punto que no hay ninguna exageración en decir, que es a estas obras de la reciente literatura venezolana a donde tendremos que referir al curioso de las otras partes del mundo, cuando nos pregunte: ¿Qué es lo que se escribe en América, qué es lo que debe leerse para entender el alma del vasto agregado hispanoamericano?

La respuesta la obtiene enseguida el que viaja por la América de estos últimos meses. Fue en Colombia donde a mí me salió al paso. Por todos los sitios habitados de

Colombia, en las librerías, en los puestos de revistas, en los carros del ferrocarril, en el mismo tranvía, los papeleros ofrecían y el público compraba la *Doña Bárbara* de Gallegos. El libro circulaba como un acontecimiento nacional. No lo leí en seguida, lo leí después, a bordo de un barco; lo hallé estupendo; fresco y despejado como los elementos, y también igual que los elementos, profundo, misterioso, total. Sin duda la mejor novela de América, sin exceptuar las buenas novelas que se han hecho en inglés, en el Norte.

Y también en Colombia, había por aquellos días otra moda, una moda gentil, la moda de Teresa de la Parra. Yo conocía la fama de Teresa, desde París, pero no la había leído. Con los años va entrando pereza de leer novelas; aburren más que los libros de Magia, que también dejé hace tiempo. Y luego, cuando se ha leído a Balzac, Tolstoi, Dostoyewski son más que zac, ¿para qué leer más novelas? novelistas: son profetas. Un día sin embargo me impuse la tarea de Proust. Quedé como el que camina horas enteras dentro de una habitación mal aereada, entra un ansia de luz y de cielo y el deseo de echarse a la calle, con asco de li-

bros. Otra vez una amiga me impuso varias cosas sucias de Gide. Y de nuevo la náusea y el deseo de ver horizontes y de limpiarse carroña, me lanzaron muy de lejos de estas culturas de boudoir. Curado para siempre de estas pesadillas de enfermos y así libre y con vagas nostalgias de la Biblia, del Ramayana, me lancé por los Andes, sin libros, llenándome el alma de estrellas y paisajes y de rumor de ríos.

Una tarde en Cali, una joven dama, hija de un patriota venezolano que fue mi amigo cordial, tomó de su mesa, llena de lindos objetos, el volumen de *Ifigenia*—el nombre me hacía temer una imitación griega—y me dijo: "Por supuesto, ya la leyó?..." Entonces vacilé, temí mostrarme ante ella, mal venezolano, mal letrado, pero no llegué a mentir... Préstemelo, repuse... "Llévelo, ¿cómo no?"

Y esa noche no sé si a las dos, a las tres o a las cuatro de la mañana, después de que los ojos ardidos habían cumplido su misión, me sentí vagamente irritado contra la buena y en este caso inocente amiga Teresa, porque le reprochaba mentalmente: "—Mire como me ha puesto los párpados!..." Y es que su libro me resultó de los que no se pueden soltar sin concluir. Naturalmente la incomodidad producida por mi excesiva lectura fue cediendo para dar paso a la gratitud, ese aroma que nos sale espontáneo del